

CAPITULO XX.

Quien se mete á redentor.....

No bien entraron los primeros rayos de luz por los cristales del balcón que daba al gabinete de Miguel, y cuyas cortinas habia dejado exprofeso recogidas, cuando nuestro héroe estaba ya de pié, peinándose y disponiéndose á salir á la calle.

En cuanto desempeñó esta ocupacion, que en él siempre era corta, pues si bien no desconocia que el aseo es una cosa indispensable en toda persona bien nacida, tenia por indigna de hombres sensatos los ridículos afeites en que algunos emplean las horas mas preciosas, se dispuso á salir.

Solo aguardaba, para verificarlo, á su

amigo Enrique, el cual, como recordará el lector, habia quedado en ir por él para acompañarle.

Miró el reloj, y vió que eran las seis.

—Esperaré otro cuarto de hora.

Dijo, y tomó un libro, que contenia las poesías de Quintana, para hacer menos pesada la espera.

En aquel momento, un hombre, vestido con el traje del bajo pueblo y embozado en su manta, se detuvo enfrente de la casa de Miguel: se quitó el sombrero *jarano*: sacó de él su pañuelo y despues un papelito: miró éste, y luego el número de la casa que, á juzgar por la satisfaccion que brilló en su cetrino rostro, debia convenir exactamente con el que buscaba.

Hecho esto, volvió á colocar el papel en el fondo del sombrero; puso el pañuelo encima, se cubrió hasta las cejas, empujó la puerta para ver si estaba cerrada, y convenido, al ver que no cedia, de que ninguno habia salido de ella, empezó á pasearse en la cera contraria, pero sin apartar la vista del zaguan.

Miguel, que vió pasar mas tiempo del que se habia propuesto esperar, salió sin hacer ruido, para no despertar á nadie, bajó precipitadamente la escalera, y salió á la calle.

No bien habia andado algunas varas, cuando el hombre que hemos visto paseándose enfrente de la puerta, le alcanzó, y le detuvo diciendo:

—¿Es vd. D. Miguel de....

—Sí, yo soy; ¿qué me quiere vd?

—Entregarle esta carta que me han dado para vd.

—¿Quién?

—En el papel lo verá vd.

—Venga.

Y el hombre de la manta, le entregó una carta que Miguel se puso á leer al instante, y que estaba concebida en estos términos:

“Si es vd., como lo creo, hombre de honor y de valor, preséntese vd. en el momento en que reciba esta esquela, bajado el puente que conduce al Recreo, donde espero á vd. para ventilar un asunto de honra.”

Al acabar de leer estos renglones, Miguel se preparaba á preguntar quién era el que habia escrito aquel papel que no estaba firmado; pero el único que podia satisfacer su pregunta, habia desaparecido desde el instante que desempeñó su comision.

Miguel volvió á fijar sus ojos en aquel papel para ver si conocia la letra; pero cuanto mas la examinaba, tanto mas se convenia de no haberla visto jamas.

Persuadido, pues, de que por este lado nada podria descubrir, se puso á recorrer en su mente la historia de su vida, para ver si en ella encontraba algo que pudiera provocar un duelo que reconociera por origen el honor de un hombre ofendido.

De repente dos ideas vinieron una tras otra á fijar su atencion: la carta escrita con lápiz, arrojada á Luisa la noche de que tiene ya conocimiento el lector y el encuentro con Fernando en el bosque de Chapultepec. ¿Habrá caído la primera en poder de Fernando?... ¡imposible! porque Fernando no hubiera dejado de poner su nombre al pié de lo que escribia; ni hombres de la

delicadeza de él, confían secretos de honra á la pluma de un tercero.

—¿Y si en efecto es Fernando?....—Se contestó á sí mismo.—¿Si fingiendo la letra y callando su nombre, trata de pedirme una satisfaccion? Los zelos vuelven ciego el entendimiento mas claro, y todo se puede esperar de un genio tan violento como el del hombre que me robó mi felicidad. De todas maneras, yo no puedo desentenderme de acudir á la cita: mi honor me impone la obligacion de cumplir como caballero. Marchemos, pues, y descifremos este logogrifo.

Tomada esta determinacion, y viendo que aun era demasiado temprano para hablar á la persona á quien queria avisar del peligro que corria, se encaminó hácia el sitio que en la carta le señalaban, dejando para despues el cumplir con la mision que le habia obligado á salir de casa.

Aunque Miguel no llevaba arma ninguna con que poder defenderse en caso de ser acometido, caminó resuelto y sin temor, al sitio de la cita, con esa confianza que pres-

ta un corazon hidalgo al hombre de ideas elevadas y caballerescas.

Pronto llegó á la calle de S. Ramon, torció á la derecha siguiendo la de Puesto Nuevo, atravesó la Plazuela de S. Pablo, dejó á un lado la plaza de toros del mismo nombre, y siguiendo el pintoresco paseo de la Viga, llegó por último al puente que conduce al Recreo.

—Voy á saber, por fin, quién es el autor de la carta.

Dijo mientras bajaba el puente que está á la izquierda, y por debajo del cual pasaban en aquel momento multitud de canoas conducidas por los sencillos indios que llevaban á México sus frutos.

Al terminar su descenso, se detuvo en el portal de una tienda que se levanta á orillas del estrecho canal, y se puso á mirar hácia todas partes.

No tardó mucho en descubrir allá á lo lejos, y arrimado á la esquina de una casucha de adobe, aislada y oculta entre los árboles y en la enramada, un hombre embozado hasta los ojos.

Miguel no dudó ya de qué aquel hombre era el que le esperaba.

En esta convicción, dirigió sus pasos hácia él, saludóle cortesmente, aunque con seriedad; sacó la carta que pocos momentos antes le habian entregado, y le preguntó.

—¿Es vd. quien me ha escrito este papel?

—Sí, señor, yo soy quien lo ha escrito.

Contestó el embozado, correspondiendo al saludo, y con la misma sequedad.

—Pues ya ve vd. que tengo honor y valor.

—Lo cual celebro infinito.

—¿Qué es lo que desea vd. de mí?

—Que me dé vd. una satisfacción de un insulto.

—Ignoro con quién hablo, y no acostumbro dar satisfacciones á los que ocultan el rostro.

Entonces el embozado, dejando caer el embozo se descubrió, diciendo:

—¿Y ahora?

—¿El enmascarado de la lógia!

—Sí; el capitán Rossi.

Miguel no pudo menos que sorprenderse con aquel encuentro inesperado; pero vuel-

to al instante de su sorpresa, contestó con la calma del valiente.

—¿Y de qué exige vd. de mí esa satisfacción?

—¿Se acuerda vd. de anoche?

—Perfectamente.

—¿Recuerda vd. de que hubo un hombre á quien sorprendieron y desarmaron?

—Lo recuerdo.

—Pues bien, el hombre sorprendido y desarmado, quiere probar al que le sorprendió y desarmó, que no se deja sorprender y desarmar cuando se le ataca cuerpo á cuerpo y cara á cara, como lo hacen los que blasonan de bien nacidos.

—Ni los que blasonan de bien nacidos, rehusan manifestar jamas que, lo que hicieron sorprendiendo, lo repiten cuando se ven sorprendidos.

—Deseo la prueba.

—Y he venido para darla.

—Bien, sígame vd. y entremos en esta casa, donde podremos hablar sin temor de que nadie nos escuche.

—¿A esa casa?

—En ella tengo armas, y quiero que vd. elija las que mejores juzgue.

Miguel temió una traicion; la invitacion para entrar en aquella casucha de repugnante aspecto, le parecia un lazo tendido de intento para que callera en él.

En tal virtud, quiso buscar un pretexto honroso para no penetrar en aquella casa que le infundia terribles sospechas y que estaba aislada en medio de aquel inmenso campo que circunda el pintoresco paisaje en que está situado el Recreo.

—Pero un desafio sin padrinos—advirtió Miguel para desvanecer toda sospecha de desconfianza—podria dar lugar á que el vencedor fuese acusado de asesino.

—Los padrinos podrian interesarse en evitar el duelo, y yo quiero que se verifique.

—Y yo lo anhele ardientemente.

Exclamó Miguel, sin poder contener su enojo, creyendo entrever en las últimas palabras de su contrario una duda ofensiva.

—Creo, pues, que entre caballeros son ociosos los testigos; y con respecto á ser acusado el que triunfe, basta advertir, para

deshacer ese escrúpulo, que ni el vivo irá á delatarse, ni el muerto podrá delatarlo.

—Pero....

Rossi leyó lo que pasaba en el corazon de Miguel: en sus palabras vió escrita la desconfianza; temió haber dado un paso en falso y perdido un tiempo precioso. Sin embargo, no desesperó del éxito de su empresa; y conociendo que con personas del temple de Miguel, el único resorte que había que tocar era el pundonor, le dijo para vencer su irresolucion.

—¿Tendrá vd. miedo de entrar?

No se engañó Rossi en su cálculo. Miguel le miró con indignacion, y queriendo desvanecer aún la mas leve duda que pudiera tener con respecto á su valor, contestó.

—El miedo es propio solo de viles ó apocados.... Entremos.

Rossi se sonrió con maliciosa satisfaccion y aire de triunfo, como el ladron que mira segura su presa.

—Vec—exclamó—que trato con un hombre que me comprende.

Y abriendo la puerta de la casa, entró en ella seguido de Miguel.

Bueno será que el lector conozca el sitio en que tenia lugar esta escena, para que así no se sorprenda al ver tratar á dos hombres, á la luz del dia y sin ser interrumpidos por ningun transeunte, de un asunto tan reservado como debe ser un duelo.

La casa del indio Pablo, se levantaba á distancia como de ochocientas varas de los últimos edificios de la bellísima ciudad de México; á la izquierda del pintoresco paseo de la Viga, en medio de una espaciosa campiña cubierta de cañaverales, de lozanos árboles y abundante enramada.

La fachada era humilde, como lo son todas las de los indios, y sus paredes las formaban anchos adobes, sacados de un sitio próximo á la misma casa, como lo daba á entender bien claramente, la cavidad de un gran pedazo escavado y desprovisto de yerba.

Su altura no pasaba de siete varas, y su parte exterior no habia contraido parente-

eo jamas, ni con el color de la pintura, ni aun con lo blanco de la cal.

Sin embargo de esto, aquella casucha, rodeada de enramada, cobijada por las copas de los robustos árboles, cuyas sonantes ramas la defendian de los ardientes rayos del sol, escondida, por decirlo así, entre el verde follaje, reclinada en medio de la verde campiña como una hermosa dama sobre el mullido sofá de un alfombrado salon, presentaba un aspecto salvaje y risueño que cautivaba.

En la época en que tuvieron lugar los acontecimientos que vamos narrando, la casa del indio Pablo estaba sola, aislada, como lo atestiguan aún algunos fragmentos de su derruidas paredes que están retiradas de algunas otras casuchas que despues se han ido aquí y allí construyendo en aquella parte del Recreo.

Miguel, como llevamos dicho, penetró, precedido de Rossi, en aquel escondido edificio, sin dejar ver en su semblante la mas ligera señal de recelo, y mucho menos de temor.

El interior de la casa se componia de tres piezas, cosa que no es comun en la de los indios que, generalmente, no tienen mas que una que sirve de cocina, de comedor, de sala y de alcoba.

Tenga vd. la bondad de esperarme aquí un momento.

Dijo Rossi, deteniéndose en una pieza interior que no recibia mas luz que la que entraba por la puerta del campo, y presentándole una silla desvencijada, única tal vez que por una rara casualidad se encontraba en aquel sitio, pues las sillas están desterradas de entre los indios como artículo de lujo, no usando ellos de otras que las del sólido suelo, ni mas cama que la de un duro petate tendido sobre el idem.

—¿Y vd?

Preguntó Miguel, viendo que su interlocutor se disponia á salir.

—Voy á traer las armas que deberán resolver nuestra cuestion.

Y sin decir mas, salió cerrando de golpe la puerta, echó la llave á la cerradura, y

dejó á su contrario en medio de la mas completa oscuridad.

Miguel quedó sorprendido de una accion que no pudo menos de alarmarle. Sin embargo, queriendo como ocultarse á sí propio los temores que le asaltaban, permaneció algunos instantes quieto, sin levantarse de la silla que ocupaba.

—Esperémos con calma los acontecimientos.

Dijo para sí.

A poco oyó voces de algunas personas: se acercó á tientas á la puerta, y la encontró cerrada: aplicó el oido á la cerradura, y escuchó el siguiente diálogo.

—El me sorprendió ayer, y hoy le he sorprendido yo. Sorpresa por sorpresa. Juré vengarme, y lo he cumplido.

Dijo uno, á quien, por la voz y el acento, reconoció ser Rossi.

—¿Y Enrique—añadió otro—¿queda en libertad para obrar?

—No hay cuidado—respondió el primero.—A Enrique le estaba esperando uno de los nuestros con otra esquila, y estoy segu-

ro de que se encuentra tan á la sombra como Miguel.

—Eso es otra cosa.

—¿Pablo?

Dijo Rossi llamando á un indio que permanecía en el dintel de la puerta que daba al campo.

—¿Qué manda su merced, señor amo.

Contestó el indio acercándose á Rossi y con el sombrero de petate en la mano.

—Vigila bien del caballero que queda encerrado, hasta que yo vuelva y ordene otra cosa.

—No tenga cuidado su merced, señor amo; le serviré lo *mesmo* que cuando *juí* su asistente.

—Así lo espero. Mas si ocurre alguna novedad, avisa al instante con tu hermano.

—Está muy bien, señor amo.

Entonces Rossi, dirigiéndose á los que le acompañaban, dijo:

—Señores, al Portal de Mercaderes, que allí nos espera quien nos dará razon de lo acaecido con Enrique.

—Vamos allá.

Respondieron todos.

Las voces callaron de repente: siguieron á ellas algunos pasos de personas que se alejaban, y poco despues todo quedó en el mayor silencio.

Miguel conoció entonces, aunque tarde, la imprudencia que habia cometido: consideró á su amigo Enrique, víctima, como él, de las acechanzas de aquel malvado, y tembló por la suerte del hombre á quien se habia propuesto salvar.

—¡Soy un insensato!....

Exclamó despues furioso como el tigre á quien acaban de encerrar en una jaula, y se dejó caer en la silla, maldiciendo su quijectesco pundonor.

Pasado aquel primer instante de violencia, llamó en su auxilio á la reflexion, y su fisonomía se reanimó con un rayo de esperanza.

¿Cuál era ésta? ¿En qué se fundaba?

Los acontecimientos nos lo dirán mas tarde, y si aquella esperanza se desvaneció ó no como la mayor parte de las que halagan al hombre sin alcanzarla jamas.

Bástenos por ahora saber que Miguel miró suceder á su desesperacion la confianza, y pasemos á ocuparnos de su amigo Enrique.

Serian las ocho de la mañana cuando salió de su casa para ir á la de su amigo Miguel.

Al verle salir, un hombre que habia permanecido mas de dos horas paseándose en la acera de enfrente, le siguió un gran trecho, hasta que, alcanzándole, le dijo:

—Es vd. D. Enrique de....

—Sí señor: ¿qué se le ofrece á vd?

—Entregarle á vd. esta carta únicamente.

—Venga ella, y espere vd.

—Es que no puedo esperar.

—Pues si no espera vd, no la recibo.

Viendo la firme resolucion de Enrique, el hombre contestó.

—Pues bien, esperaré.

Entonces Enrique abrió la carta, y vió que estaba concebida en los mismos términos en que ha visto el lector la de Miguel, sin otra alteracion que la de citarle á un punto opuesto al de su amigo.

Enrique sacó su cartera, y escribió estas palabras.

“Para mostrar mi honor y mi valor, lo mismo es hoy que mañana: en tal virtud, no acudo ahora á la cita, porque anteriores compromisos me lo impiden; pero mañana á las ocho, estaré donde la carta expresa.”

Hecho esto, arrancó la hoja, y entregándosela al hombre, se dirigió sin esperar á mas, en busca de su íntimo amigo.

—¿Está arriba Miguel?

Preguntó al portero.

—No señor; salió desde muy temprano.

—¿No dijo á dónde?

—No señor,

—¿Tardará en volver?

—Lo ignoro; pero si gusta vd. subir á esperarle....

—No, volveré mas tarde.

—Como vd. disponga.

—De todas maneras, dígale vd. que he venido á buscarle.

—Esté muy bien.

—Adios.

Y Enrique, confiado en que Miguel no

habia salido con otro objeto que con el de avisar del peligro á la persona amenazada por la lógia, se dirigió tranquilo y sin pensar mas en este asunto, á casa del sastre que le estaba haciendo un traje para el baile que se daba en aquella misma noche.

Entretenida llevaba su imaginacion con la idea de lo mucho que iba á gozar en el baile, sin que sus ojos se fijasen en el hombre que poco antes le habia entregado la esquila, y que ahora le seguia á regular distancia.

Enrique entró en la satrería, y el que le espiaba, se detuvo en la calle como convencido de que no podria tardar mucho tiempo en salir.

Efectivamente, Enrique salió á poco, y se dirigió á su casa, seguido siempre de aquel hombre que no le abandonó hasta no haberle visto entrar en ella.

Entonces, satisfecho de que nada habia que temer, se encaminó al Portal de Mercaderes, donde le esperaban ya Rossi y los que con éste habian estado poco antes en el Recreo.

—¿Y Enrique?

Preguntó Rossi en voz baja al que acababa de llegar.

—En su casa.

—¿Cómo!

Interrumpió sorprendido Rossi.

—Lo referiré en pocas palabras.

Y entonces le contó cuanto el lector sabe ya.

—Ese contratiempo me sobresalta.

—¿Y qué es lo que se ha resuelto hacer con Miguel?

—A su tiempo lo veremos. —Contestó Rossi, y luego añadió—señores, hasta la noche.

—Hasta la noche.

Respondieron todos; y cada cual se dirigió adonde sus negocios le llamaban.